



Primeras suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 15.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs.—Seis meses 54 rs.—Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Calle de la Congregacion, 1 duplicado, 2.º

Se publica todos los domingos.

Valencia 9 Abril 1865.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs.—Seis meses
42 rs.—Un año 80 rs.—Estrangero y Ultra-
mar un año 120 rs.

SUMARIO.

La Pasion de Jesus, por D. Luis Fabra y Ca-
vero.—Piedras preciosas de la antigüedad, por
D. Buenaventura Fernandez Sanahuja.—Armonia
de la creacion, por D. José Gamelo.—Lavatorio
de piés en la iglesia de San Sulpicio, por Don
J. P.—Aniversario, por Doña Faustina Saiz de
Melgar.—Dieu protege la France, (historia de un
Napoleon), por D. Manuel del Palacio.—Reunion
agradable en casa de los señores condes de Par-
cent, por D. Gerónimo Flores.—Ante la Cruz
(poesia), por D. Damaso Delgado Lopez.—Lo que
dibuen los honoretas, por D. Federico de Men-
doza.—Milton, por D. J. Fernandez Mateu.

Láminas. El general Cialdini.—Lavatorio
de piés en la iglesia de San Sulpicio, París.—
Milton.

LA PASION DE JESUS.

El veinte y cinco de Diciembre
del año cuatro mil de la crea-
cion del mundo y cuarenta
del imperio de César Augusto,
estando toda la tierra en aquel
silencio y paz universal, anuncia-
das tantos siglos antes; y cuando
la noche se hallaba en medio de su
carrera, segun estaba predicho en el libro de
la Sabiduría, una Virgen hebrea de la es-
tirpe real de David, dió á luz en un portal de
Belen un niño, que fue en su humilde cuna

adorado por los pastores de la Judea y por
los Reyes del Oriente.

A este niño se le puso por nombre Jesus,
que significa Salyador; pues este era el de-
seado de las gentes, el Mesías prometido, el
que con su sangre preciosa debía borrar las
manchas del pecado.

Este niño que en su primera edad, cum-
pliendo los preceptos de su divino Padre, ha-
bia sido llevado á Egipto huyendo de la terri-
ble persecucion del Tetrarca de Galilea; des-
pues de una vida de ayunos y penitencias, de
predicacion y de portentos, se dirige ahora
hacia la populosa Jerusalem á dar cumpli-
miento á la voz de los Profetas.

Se acercaba el tiempo para la celebra-
cion de la Pascua entre los Judios; y el hijo
del Altísimo era el cordero inmaculado cuya
representacion celebraban los hijos de Israel
desde su salida de Egipto.

En la mañana de la feria segunda, que cor-
respondia á nuestro domingo de Ramos,
salió Jesucristo de Betania acompañado de sus
discipulos; y habiendo llegado á Betlagé,
arabal de Jerusalem, llamó á dos de ellos y
les dijo: «id á esa aldea que está enfrente de
vosotros, y luego hallareis atados una asna y
un pollino, sobre el que aun no se ha sentado
hombre. Desatadlos y traédme los; y si alguno
os dijere alguna cosa, les direis que el Señor
los ha menester, y al instante los dejará.»

Fueron los dos discipulos, y todo se cum-
plió como les habia predicho su divino Maestro.
De este modo se realizó aquella Profecía que
dice: *no quieras temer hija de Sion. Hé ahí
que tu Rey viene á ti, lleno de mansedumbre*

*sentado sobre un pollino; hijo de lo que está
bajo de yugo.*

Pero aquel pueblo incrédulo no podia
comprender que aquel fuese el rey anunciado
tantos años hacia por Profetas inspirados.

Por eso el Hombre Dios al divisar los mu-
ros de aquella ciudad desdichada, á la que
amaba como á su hija predilecta, no pudo me-
nos de llorar sobre ella exclamando: «¡Ah!
¿si reconocieses tú, Jerusalem, siquiera en
este dia las cosas que pueden atraerte la paz!
Pero están ahora ocultos tus ojos, porque dias
vendrán sobre tí, en que tus enemigos te ro-
dearán, te apretarán por todas partes, echa-
rán por tierra tus muros, percerán á sus
manos tus hijos, te convertirán en ruinas, y
no dejarán piedra sobre piedra, porque no has
conocido el tiempo de tu visitacion!»

¡Imprecacion terrible que empapada con
las lágrimas de todo un Dios debía tener su
más exacto cumplimiento!

Apenas llegó á la puerta de la ciudad en
donde se hallaba congregado un número in-
menso de gentes con motivo de la festividad
de la Pascua; una multitud de piadosos is-
raelitas y aun de gentiles, atraídos por la
fama de sus milagros, le rodearon, formando
un numeroso cortejo.

Cuando pisó el recinto de sus muros toda
la poblacion se puso en movimiento. Unos
tendian sus capas para que le sirviesen de al-
fombra, otros cortaban ramas de los árboles
y las esparcian á su paso, aquellos ostentaban
en sus manos las palmas del desierto, estos
elevaban verdes ramos de oliva, símbolos de
paz; y todos á una voz, hombres y mugeres,

ancianos y niños, esclamaban en su alegría: *Hosana al Hijo de David. Bendito el que viene Rey de Israel, en el nombre del Señor.*

¿Quién es ese? era la pregunta que corría de boca en boca mientras duró aquel triunfo improvisado.

¿Quién es ese, á quien haceis un acompañamiento tan magestuoso?

¿Quién es ese?... el hijo de María y de un carpintero de Nazaret, el que nació en Belén envuelto en humildes pañales, el que ya en su niñez fue el blanco del encono de un Tetrarca, el que aun en su infancia disputó en el templo con los doctores de la ley; aquel que quiso ser bautizado por el Precursor en las aguas del Jordán, y abriéndose la bóveda de los cielos sobre su cabeza, y posándose sobre ella el Espíritu Santo se oyó una voz que decía: *Tu eres mi amado Hijo en quien tengo mis complacencias.* El que ayunó en el desierto cuarenta dias y fue tentado por el espíritu de las tinieblas, el que predicó la paz y el perdón de los enemigos por todos los pueblos de la Galilea, el que escogió para discípulos á unos pobres pescadores, el que ofreció á la Samaritana agua mas viva que la de la fuente de Jacob; aquel que en la cumbre del Tabor se ostentó con toda la gloria de su divinidad; el que resucitó á Lázaro, el que perdonó á Magdalena, el que arrojó á los mercaderes del Templo, el que sanó á los leprosos, dió vista á los ciegos, lanzó los malos espíritus del cuerpo, aquel en fin que predicó sobre un monte contiguo á Cafarnaún aquellas sublimes Bienaventuranzas, paño de lágrimas del que llora, consuelo del desgraciado, y bálsamo celestial de la humanidad dolorida.

Pero Jerusalem estaba ciega, y no podía meditar sobre el pasado de aquel que ahora llevaba en triunfo, y que dentro de poco debía pedir su muerte.

Y estaba escrito que el hijo de Dios debía franquear la entrada del Paraíso Celeste, que hasta ahora habia sido interceptada por un ángel con una espada de fuego.

Y escrito estaba que la sangre del justo debía caer gota á gota sobre aquella ciudad infortunada.

Se acercaba el tiempo en que habia de terminar su mision sobre la tierra el Hijo del hombre, pero antes quiso celebrar la Pascua con sus discípulos. En este memorable convite dió á entender que uno de ellos le entregaria á sus enemigos; con humildad profunda les lavó los pies, para demostrarles que *el siervo no es mayor que su señor, ni el enviado mayor que el que le envia*, y por fin como padre amoroso les ofreció su cuerpo y sangre, para que les sirviese de alimento celestial á ellos y á sus hijos.

Asi que hubo terminado este divino banquete, se dirigió Jesus con sus Apóstoles al huerto de las Olivas separado de Jerusalem por el torrente Cedron. Este sitio ameno habia sido elegido por el Salvador para depositario de su íntima comunicación con su Eterno Padre, y habia de ser testigo de su flaqueza, despues de haberlo sido tantas veces de su fervor. En él presintió como hombre todos los horrores de la muerte, sintió las angustias de la cruz, vislumbró las tinieblas del sepulcro, un sudor de sangre inundó todo su cuerpo y lamentó que su Padre le hubiese abandonado.

Y al presentarle un ángel el cáliz de amargura, esclamó: «¡Oh Padre mio! si es posible aparta de mí este caliz; pero si debo beberlo hágase tu voluntad.» Y con esta conformidad adorable se aprestó resignado á la muerte.

Se acercó por tercera vez á sus discípulos y les dijo: «levantaos y orad, para que no entreis en tentación. Vamos. Llegó la hora en que el Hijo del Hombre será entregado en manos de los pecadores. Ya llega el que me ha de entregar.»

Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando una multitud de gentes armadas de

espadas y varas y una cohorte de soldados capitaneados por el traidor, se presenta á su vista. Y aquel apóstol malvado que antes le habia vendido por treinta monedas de plata, ahora le dá á conocer á sus enemigos con un ósculo de paz.

¡Beso infame y maldito, que debia causar la condenacion eterna de aquel apóstol deicida!

Pero Jesus lleno de mansedumbre se entrega en manos de sus enemigos; sus discípulos le abandonan y se encuentra solo en medio de aquel pueblo enfurecido, que pide á gritos su muerte.

Es maniatado como un miserable y llevado á la presencia de Anas que se regocija al verle humillado.

En casa de Caifás es injuriado; y este juzga que es conveniente que muera un hombre para la salvacion del pueblo.

Herodes le califica de fátuo, Pedro, su discípulo amado, le niega tres veces, Pilatos para calmar la efervescencia del pueblo, manda azotarle, y en el átrio los soldados le tratan como á rey de burlas; ciñendo su cabeza con una corona de espinas y colocando en su mano un cetro de caña, cetro débil, pero que estaba destinado á romper el cetro de hierro de los tiranos!

El pueblo enfurecido prefiere en fin Barrabás á Jesus, y Pilatos le condena al suplicio mas infame.

Ni una palabra pronunció la sagrada víctima: y cual nuevo Isaac cargado con el pesado madero se dirige al monte destinado para el sacrificio.

Tres veces se sintió abrumado bajo aquella enorme carga; y al contemplar el llanto de las hijas de Jerusalem esclamó: «no queráis llorar por mí, sino por vosotras y por vuestros hijos.»

Enclavado en la cruz, es elevado á la vista del pueblo en medio de dos viles malhechores; y allí mismo le promete á uno de ellos el Paraíso celeste.

Toda clase de escarnios, todo género de humillaciones tuvo que sufrir el Hijo de Dios mientras estuvo pendiente del madero; y nada fue bastante para que pronunciase ni una queja contra sus enemigos; antes al contrario, dirigiéndose á su Eterno Padre exclamó: «¡Padre mio! perdónalos que no saben lo que se hacen.»

Y habiendo llegado las tres de la tarde, hora destinada para su tránsito, despues de haber encomendado su espíritu á su Padre, inclinó su divina cabeza y espiró.

¡Ah, el corazón desfallece al contemplar al Salvador del mundo pendiente de un madero! Pero era preciso que espirase en un suplicio para consumir el gran misterio de nuestra redencion.

No hay filósofo alguno de la antigüedad á quien no se le acrimine por algun vicio, y hasta los mismos patriarcas incurrieron en flaquezas; solo Jesucristo, brilla sin mancha alguna de pecado y es la copia mas exacta de esa hermosura soberana que reside sobre el trono de los cielos.

El que hizo que se adorase una cruz, el que ofreció á los hombres por objeto de su culto la humanidad paciente y la virtud perseguida, no puede menos de ser un Dios.

Un filósofo moderno ya lo ha dicho: *Si la muerte de Sócrates fue la de un sabio, la de Jesucristo fue la de un Dios.*

Su última palabra fue un suspiro de misericordia. ¡Aspiracion divina en favor de la humanidad!

Y este suspiro celeste, tuvo sus consecuencias así en el orden físico como en el orden moral.

Al espirar el Redentor el sol pierde su brillo, el cielo se cubre de tinieblas, se rasga el velo del Templo dejando de manifiesto el Sancta Sanctorum, las piedras se parten, tiembla la tierra, los sepulcros se abren, y la naturaleza entera parece que prorrumpe en un

lamento universal por la muerte de su Criador.

En el orden moral, la muger eleva su cerviz libre del yugo que la habia dominado tanto tiempo, el esclavo rompe sus cadenas, el pobre queda nivelado con el rico, las artes, de esclavas, se elevan á la categoría de artes, liberales, todo el que llora encuentra su consuelo porque todos los hombres son hermanos, se establecen nuevas relaciones entre ellos, queda planteado un nuevo derecho de gentes, y se reconoce una nueva fe pública.

De este modo triunfa la Religion de Jesucristo, y llega á sojuzgar la tierra.

Su Autor ha muerto; pero su sangre ha redimido al género humano.

LUIS FABRA Y CAVERO.

PIEDRAS PRECIOSAS EN LA ANTIGÜEDAD.

Desde tiempos muy antiguos son conocidas las piedras preciosas, y empleadas como objeto de gran valor y estima en los trages y adornos de mucho lujo; y desde tiempos muy remotos tambien se conocia la manera de labrarlas y pulirlas, no siendo por lo tanto este arte de tan moderna invencion como se ha pretendido suponer.

Hallamos ya mencion de piedras preciosas y de artistas destinados á labrarlas en el Exodo, cap. 28, cuando Moisés describe el *Ephod* ó pectoral del Sumo Pontífice, compuesto de doce piedras preciosas, diferentes, que nombra así: un *Sardio*, un *Topacio*, una *Esmeralda*, un *Záfiro*, un *Carbunclo*, un *Jaspe* ó diamante, segun los espositores, un *Ligurio*, una *Agata*, una *Ametista*, un *Crisólito*, un *Onix* y un *Berilo* ó esmeralda opaca. En cada una de estas piedras, pulida y abricada, habia esculpido en hueco el nombre de cada una de las doce tribus de Israel, operacion que estaba confiada, segun el mismo testo, á un *Sculptor et cœlatura gemmarum*; de manera que, en aquellos tiempos tan atrasados se verificaba lo que tal vez seria imposible en el dia.

Aproximando algun tanto la antigüedad vemos que, cuando en el año 667 de Roma fue enviado Lúculo al Egipto, Ptolomeo VIII *Latyro*, deseoso de congratularse con los romanos, le regaló una preciosa esmeralda en forma de anillo ó sello, en la que se hallaba grabado en hueco el retrato de este príncipe, de un parecido admirable; y es una verdad tambien, que los antiguos labraban las esmeraldas en forma de lentes con el objeto sin duda de modificar la luz á las vistas débiles; y Plinio nos refiere que Neron se servia de ellos para ver con mas comodidad las luchas de los gladiadores en el Anfiteatro.

Hemos visto asegurado que en la alta antigüedad no se conocia el diamante, ni se sabia trabajar despues de su descubrimiento: lo que no sabemos nosotros es hasta dónde llegaban los conocimientos de los antiguos y cuáles eran sus artefactos, siendo muy posible que en nuestra ignorancia tomemos por descubrimientos modernos, operaciones que habian llevado á la perfeccion artistas de edades muy lejanas, que denominamos primitivas.

Que las piedras preciosas y entre ellas el diamante se trabajaban en tiempos antiguos, lo atestigua una interesante inscripcion encontrada en Guadix, esculpida en la base de una estatua, por la cual se sabe, que Fabia Fabiana, hija de Lucio, en honor de su piii-sima nieta Avita y por orden del dios Nereo, dedicó á la diosa Isis una estatua de plata de 112 libras y media de peso, adornada de una diadema de oro, en la que descollaba en el centro una gran perla rodeada de margaritas, de dos esmeraldas y de siete piedras preciosas

labradas á manera de cilindro, y además un carbunclo, un jacinto y dos ceraunias. En las orejas llevaba unos zarcillos compuestos de dos esmeraldas y dos margaritas. Rodeaba su garganta un riquísimo collar de cuatro hilos de perlas, alternadas con treinta y seis margaritas y diez y seis esmeraldas; el broche lo formaban dos grandes esmeraldas. En la espinilla de entrambas piernas traía unas gargantillas en la que había dos esmeraldas y once piedras cilíndricas en la parte delantera, y detrás ocho esmeraldas y ocho margaritas. Adornaban el calzado ocho piedras preciosas cilíndricas. En el dedo del corazón de la mano izquierda llevaba un anillo formado de una sola esmeralda; en el anular otro compuesto de mucha pedrería (*Polypsepus*), con una margarita y varias esmeraldas; y por último en el dedo meñique traía dos anillos con preciosos diamantes IN DIGITO MINIMO ANVLI DVO GEMMIS ADAMANTIBVS, siendo de colegir que estos diamantes estarían pulimentados, de lo contrario sería un absurdo incalificable pensar que en una joya tan notable y preferente como un anillo, se hubieran engastado piedras en bruto, según hubiese sucedido á no saber labrarlos.

Las palabras helénicas entremezcladas en la inscripción, demuestran que los dedicantes pertenecían á alguna de las muchas familias griegas que los romanos encontraron establecidas en España al tiempo de su conquista, por lo que la conceptuamos muy antigua, sobre todo estando dedicada á Isis, deidad egipcia, cuyo culto conservaban los españoles desde edades muy lejanas, á despecho de los romanos; en su consecuencia tenemos que entonces se conocían ya y se labraban los diamantes.

Algo difícil de atinar es la forma que daban á estas piedras, pudiendo casi asegurar que entonces no se conocían las facetas que usamos en el día, y á esto sin duda se referirá la tan cacareada invención del siglo XVI. Según podemos deducir, al cortar los antiguos sus piedras preciosas no se separaban de las superficies planas, cóncavas, convexas, esféricas ó cilíndricas y nunca emplearon la forma angular como hacemos nosotros. La escasez de ejemplares en este género de joyería que nos ha legado la antigüedad, nos obliga á ser prudentes y cautos en esponer deducciones sobre esta materia; pero adviértase que si no admitimos en absoluto el principio de que los antiguos desconocían el método de labrar piedras preciosas, incluso el diamante, tampoco aseguraremos el grado de perfección á que llevaron este arte de lujo. Es bien sabido no obstante, que los egipcios desde tiempos desconocidos burilaban en hueco las piedras silíceas con una perfección admirable y son un testimonio de ello los camafeos y sellos que han llegado á nosotros esculpidos en ágatas, cornerinas, sanguíneas, etc., con una delicadeza y detalles que nos admiran; tomando creces este asombro, al considerar que estas piedras, cuya dureza resiste á nuestros mas templados instrumentos, eran labradas en una época en que se desconocía el acero, y en que hasta las armas eran de cobre, de bronce ó de hierro simplemente forjado, lo que ha dado motivo á la suposición de que dichos camafeos eran extras ó piedras artificiales que amoldaban antes de darlas consistencia; mas esto no será exacto, puesto que cuantas hemos examinado, sumamente antiguas, presentan los trazos del buril; así, pues, preferimos confesar nuestra ignorancia, á esponernos á emitir hipótesis siempre eventuales; pero sí diremos, que los que sabían cortar, pulir y abrillantar con tanta perfección las silíceas, podían igualmente verificarlo con las piedras preciosas hasta burilar inscripciones en ellas, como lo manifiesta Moisés en el capítulo ya mencionado.

Hace pocos años que un amigo nuestro encontró entre las ruinas existentes en un terreno de su propiedad una ametiste de forma esferoide, del tamaño de una grande avellana con cáscara, cuya tersa superficie se había opacado con el tiempo que permaneció sepultada en la tierra, la cual abrillantada nuevamente sin mudar su antigua forma, presentó las aguas mas perfectas y los mas hermosos cambiantes, y en las excavaciones de la cantera del puerto, fue encontrada en nuestra presencia, debajo de un pavimento romano y entre ruinas griegas, una esmeralda cilíndrica montada en oro, que recogimos, depositándola en el Museo, donde existe. Esta piedra perfectamente torneada, se halla taladrada en toda su longitud, y por este agujero pasa una espiga de oro finísimo que la sujeta á una armadura cuadrada á manera de hebilla del mismo metal, labrado todo con sumo primor, pero de manera que la piedra gira en torno de la espiga, sin duda para hacer patente el mérito del taladro en una piedra tan dura.

Los antiguos pueblos solo conocían los diamantes de la Arabia, de la India, de la Etiopía y de Chipre, y la superstición atribuía á esta piedra preciosa virtudes y fenómenos sorprendentes, no siendo el menor el que el diamante tenía propiedad de engendrar otros, error que se perpetuó hasta tiempos muy modernos. De España sacaban en la antigüedad muchas piedras preciosas, siendo las mas célebres en tiempo de los romanos las Amatistas de Cataluña; los Ceraunios ó Piropos de los montes Pirineos, los cuales eran una especie de Carbunclos; los Carbunclos de Lisboa, muy semejantes á los Rubies, y Crisólitos de Andalucía, los mas grandes conocidos, y eran de color de oro. Existían además Esmeraldas y Jacintos en Portugal; Turquesas en Zamora, y Granates y Agatas, del promontorio Charidemio, hoy cabo de Gata. En el día ó se han perdido estas minas ó se han agotado enteramente.

BUENAVENTURA HERNANDEZ SANAHUJA.
Tarragona.

ARMONÍA DE LA CREACION.

Magna et mirabilia
sunt opera tua, Domine.
Aphocalipsis.

Lento y taciturno va el nebuloso invierno, recogiendo los últimos girones de su plateado sayal de nieve, esparcidos por las empinadas cumbres de los montes: templada brisa sustituye á los rigores del embravecido Bóreas, que se aleja con él, y á la vez que el gorgo de los pájaros, y las yemas medio abiertas de los árboles, un cielo azul, purísimo y esplendente nos anuncia la próxima venida de la primavera.

¡Sublime espectáculo se prepara á nuestra vista!

La naturaleza comienza á despertar de su letargo; su sueño de reparación, su noche de descanso, ha restaurado sus fuerzas disipadas durante el pasado estío, y vuelve á desplegar su enérgica vitalidad, para aparecer como siempre, grandiosa y admirable.

Las risueñas alboradas de las mañanas de Abril en que se ostenta vestida con penachos de flores y sábanas de esmeralda, son sus primeras sonrisas; mientras que las ráfagas suspirosas de las heladas tardes de Noviembre, son sus últimos sollozos.

¿Quién hay, que no se asombre al contemplarla? ¿Quién, que no ansie escudriñar sus misterios? ¿Quién, que no cante la grandeza del Señor?

El afán de penetrarla ha llevado continuamente agitada á la humanidad, tras la observación, y el experimento, logrando reunir caudales de conocimientos, que han formado

las ciencias, patrimonio intelectual que se perpetúa progresando con la raza.

Al amparo de la física, hallamos en la luz siete colores; en el agua, multitud de seres infusorios, que se agitan sin cesar; en un grano de arena la guarida de un sér tan animado como el enorme cetáceo, que cruza á su placer los vastos océanos.

A la luz de la geología, divisamos patentes el modo de formación, y el crecimiento del globo, en perfecto acuerdo con el texto de Moisés, aclarando á la par que, lo que éste llama días en la creación, son épocas de siglos.

En las páginas de la astronomía, podemos leer á toda hora las biografías de los astros.

Y con la retorta de la química reducir á un corto número de cuerpos elementales, que se aíslan, que se palpan, que se pesan, cuanto constituye el mundo visible.

Con tan poderosos auxiliares, no pueden menos de enriquecerse cada día mas sus anales, con nuevos descubrimientos, habiendo venido á formar un pedestal con todas ellas, desde donde podemos, con nuestra inteligencia, abarcar de una mirada la magnífica obra del Eterno.

Sin duda, que desde allí la debió contemplar Humbolt, el gran naturalista filósofo, cuando dijo: *La naturaleza, considerada racionalmente, esto es, sometida en conjunto al trabajo del pensamiento, es la unidad en la diversidad de los fenómenos, la armonía entre las cosas creadas desemejantes por su forma, por su constitucion propia, por las fuerzas que las animan; es el todo penetrado de un soplo de vida.*

En efecto, ese soplo de vida, que yace en todo, que lo domina todo, como la ley de la atracción, á quien de molécula á molécula llamamos cohesión, de simple á simple afinidad, de la parte al todo gravitación, y de mundo á mundo atracción planetaria, es la rotación incesante, que constituye la armonía general del universo.

Esta rotación, este movimiento perene, estas fases sucesivas, que desde el globo del sol inmensamente mayor que nuestro planeta, se estienden hasta el átomo de oxígeno que vuela con el aire, es la vida de la creación, la que llamamos naturaleza, la voluntad infalible del Omnipotente.

Por ella, resulta esa estabilidad, equilibrio en las cosas creadas, sin necesidad de que se les asimilen nuevos elementos, para conservar la integridad de los cuerpos.

Para convencernos de esta verdad, concretemos nuestras miradas á la tierra, analicemos sus arcanos, y así marchando de lo próximo á lo lejano, de lo palpable á lo ideal, de lo conocido á lo desconocido, iremos sintetizando hasta reducir el móvil de la creación á un foco, en donde por fuerza, ha de residir el imperio de la Divinidad.

Ora, por ejemplo, que la estación del invierno se despide, que sus brumas se alejan, que sus hielos se funden, la fuerza vital ó naturaleza, que por influjo de aquel yacía concentrada bajo la costra terrestre, vuelve á pugnar por lanzarse al exterior; las hojas caducas de la vegetación pasada, que los vientos hacinaron, ó esparcieron, mezcladas con residuos orgánicos, fueron reducidas por la acción de la putrefacción á cuerpos elementales, y por lo mismo se encuentran en disposición capaz de ser arrastradas con la sávia, que ha de producir la nueva pompa vegetal: desarrollada ésta, la familia animal multiplicada también, la devora, se la absorbe, digámoslo así, creciendo á sus espensas, y gran parte de los jugos nutricios, que del humus, del agua y de la atmósfera, estrajó el vegetal para satisfacer sus funciones, se identifican, forman la sustancia de los seres animados que se mueven á su albedrío.

La muerte, anatema latente, que acom-

pañá á estos desde que nacen, como á todo lo que vive, se encarga de destruirles para que la descomposicion egercida en sus restos, devuelva á la madre tierra los principios, que de ella se estrajeron; y así exhalando y absorbiendo, componiendo y descomponiendo, queda establecido su movimiento perpétuo, pasando, por consiguiente, cada año por los tres estados de inorgánica á vegetal ó viviente, y de ésta, á animal ó sensible, para volver incontinenti, al estado de simple por la descomposicion.

Fuerzas misteriosas, aun para la ciencia, como el galvanismo y la inclinacion del iman, nos dejan ancho campo á las suposiciones, pudiendo con fundada razon creer que aquellas son las que establecen el armonioso acuerdo de nuestro globo, con los demás astros que la mano de Dios lanzara á flotar en los espacios.

Alcemos la vista al cielo, cuando una noche despejada y tranquila, nos deje ver millones de millones de estrellas, que como partículas centellantes, dispersas, confusas ó apiñadas, forman la bóveda del firmamento, y no podremos menos de otorgar una fuerza universal, un concierto supremo, para que, estáticas ó movibles, no se desvien, no tropiecen, no se choquen.

Imaginémonos despues que todas ellas y cuantos mundos pueblan el vacío, giran en torno de uno solo, el mas colosal, el mas privilegiado, el sol; que, fijo en su trono, dirige miradas de fuego para vivificar á tantos satélites, que como cohortes de súbditos se agitan á su alrededor; y allí en aquel astro, en aquel centro, en aquel foco, no podremos menos de colegir, que reside la voz del Omnipotente Legislador.

El hombre, no obstante, henchido de arrogancia y de soberbia, ha osado desconocer aquel divino poder, ha negado su existencia, y el abismo ha sido proclamado por algunas escuelas filosóficas. ¡¡Enorme ingratitud!!!

¿Cómo suponer al acaso el principio creador del universo?

Del caos no hubieran surgido nunca esas fuerzas infalibles, esa armonía eterna, ese espectáculo sublime, donde cada día le van hallando mas patente los ojos de la ciencia.

¿Nada dicen á tan estraviados sectarios, la conciencia propia, el libre alvedrio, y la ilimitada inteligencia de que se sienten poseedores?

La facultad de pensar no pudo brotar jamás de la materia, y si el hombre piensa, es porque Dios ha grabado en su frente tan sagrado privilegio.

Por Él se reconoce soberano de la creacion, por Él es inmortal.

Cuando tal pensamos, la voz de la gratitud se levanta de lo íntimo de nuestra conciencia, para ensalzarle y adorarle: repitiendo con el



EL GENERAL CIALDINI.

(La biografía se publicará en uno de los próximos números.)

autor del Apocalipsis ¡¡Tus obras, Señor, son grandes y admirables!!

JOSE GARNELO.

LAVATORIO DE PIÉS

en la iglesia de San Sulpicio.

Una de las ceremonias mas tiernas de la semana santa, es el lavatorio de piés. Verifícase éste el jueves santo, al mismo tiempo que la fiesta destinada á recordar á los fieles la institucion de la Eucaristía. Jesus quiso dejar á los hombres la vispera de su suplicio este grande ejemplo de humildad, para enseñarles que no podemos sacrificar la vida por los demás mientras que no hayamos inmolado antes nuestro propio orgullo.

En la antigüedad, el padre de familia lavaba los piés al viajero desconocido y cubierto de polvo que atravesaba el dintel de sus puertas. Al desempeñar este oficio, que mas adelante quedó relegado á los esclavos, la soberanía patriarcal parecia como que abdicaba en honor de los derechos inviolables de la hospitalidad. Al hombre que carecia de patria, de amigos y de pan, se le consideraba como un enviado de Dios, como investido del soberano dominio sobre todos los lugares en los cuales implantaba él su pié errante.

Conservando esta tradicion de la antigüedad, el cristianismo la ha elevado á la altura de un símbolo puramente religioso. Cada año, en todas nuestras iglesias, el sacerdote mas elevado en gerarquía lava los piés á doce po-

bres, para significar que los que carecen de bienes y de felicidades terrenales son huéspedes perpétuos de la casa de Dios, y soberanos del dominio que él se ha reservado en todas nuestras heredades. Por esto durante muchos siglos los reyes de Francia consideraron como un tributo precioso de su poderío y como una confirmacion de la uncion santa, el lavar los piés á doce pobres, el jueves santo, costumbre piadosa, llena de respeto y de grandeza, que aun practican los reyes de España en la suntuosa Capilla de Palacio, con imponente solemnidad.

El Soberano Pontífice, constituyéndose á egemplo de Jesus, en siervo de los siervos, lava los piés á doce peregrinos que vienen de todos los extremos del mundo. Y es una gran prueba de favor otorgada solamente á las mas nobles y distinguidas romanas el admitirlas á servir en la mesa á estos pobres peregrinos á quienes ellas no recibirían jamás en sus salones.

Nuestro grabado representa la ceremonia del lavatorio de piés en la iglesia de San Sulpicio, en donde se celebra con la mayor solemnidad, como si en esa region de París, donde tanto abundan los pobres, debieran ellos ser mas honrados que en cualquiera otra parte. ¿No ha sido ilustrado en todos tiempos San Sulpicio, efecto sin duda de una eleccion providencial, por sacerdotes que han sabido sembrar los tesoros de la caridad á manos llenas? Ceñido el cura como Jesucristo con un lienzo blanco *et cum accepisset linteam prescinxit se*, (S. Juan, c. XIII. v. 4), se arrodilla sucesivamente delante de cada pobre, le lava los piés, los enjuga, y despues se los besa respetuosamente; en seguida se les distribuye el pan, el vino y la limosna, en señal de que, al adoptarlos como huéspedes suyos, la Iglesia los admite á participar de todos sus bienes. *Si non laveris te, non habebis partem mecum*.

¿Quién no se sentiría lleno de profunda admiracion por este símbolo significativo y tierno: Jesucristo inclinándose, en la persona de sus sacerdotes, ante los pobres, limpiando el polvo de sus piés, como para dar confianza y seguridad á su marcha dolorosa por la escabrosa senda de la vida! ¿Por qué habremos de quejarnos de las miserias, de los enojos, de los males sin cuento de que nos vemos rodeados cuando cada suspiro y cada lágrima nos conquistan un surco en el campo del Padre de familia? Quejaos, pues, vosotros los que marchais sobre blandas alfombras y caminais sobre rosas, cuando el Señor y el Creador de la vida dijo á los desheredados, á los desamparados de este mundo: «Marchad con valor por el camino en que yo os he precedido; os espero en mi morada, donde, para consolaros, no será demasiado todo mi amor y toda la solicitud de mis ángeles!»

J. P.

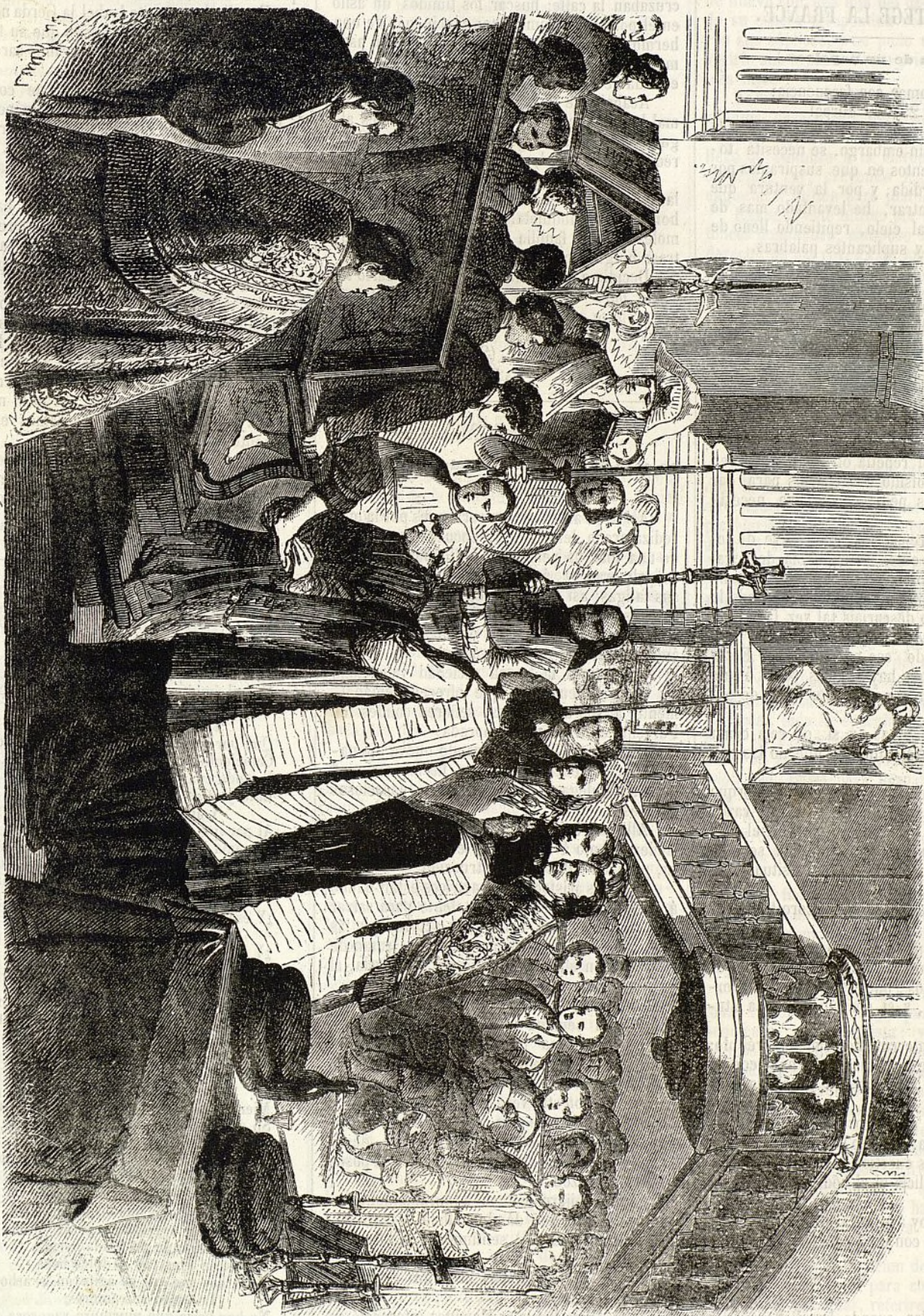
ANIVERSARIO.

Un año mas, un nuevo año ha trascurrido desde que la malograda poetisa Doña Alejandrina Argüelles Toral y Hevia abandonó

nuestro suelo por remontarse á un mundo mejor, mundo de eterna dicha, de imperecedero placer. ¡Dichosa ella! Dichosas las almas inmaculadas y puras que se alejan de este valle de duelo para no volver jamás. ¡Oh! y mas dichas las que como Alejandrina dejan en nues-

tros corazones tan vivo el recuerdo de sus virtudes, de sus gracias, de sus inmensos atractivos. No es posible olvidarla aunque la descarnada mano del tiempo, que todo lo borra, hunda en el vacío uno y otro año; siempre en cada nuevo aniversario habrá muchos co-

LAVATORIO DE PIES EN LA IGLESIA DE SAN SULPICIO.
(Paris.)



razones que rindan un tributo á su memoria, muchos ojos que derramen una lágrima de cariñoso recuerdo y muchas almas que eleven su serviente plegaria, pidiendo á Dios por el eterno descanso de la tierna y virtuosa niña, que encontrando mezquino nues-

tro mundo para albergar el tesoro de sus encantos, se remontó á la azul esfera buscando la eterna dicha por la cual todos suspiramos y que no es posible alcanzar en la tierra. Empero la hallaremos un día. ¡Oh! sí, todas las almas cristianas abrigán la convicción de habi-

tar esa mansion de dulce bienandanza, cuya puerta está en el cementerio, detrás del sepulcro que guarda nuestros últimos despojos. Sin esta consoladora esperanza ¿cómo nuestro débil sér resistiría los fuertes embates de esta vida borrascosa? ¿Quién nos dá la resignación

y el valor para sufrir las miserias que nos rodean? Esa esperanza bendita!.. ese inextinguible anhelo de alcanzar la imperecedera dicha que ya disfruta Alejandrina. Dichosa ella...

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

5 de Abril 1865.

DIEU PROTEGE LA FRANCE.

(Historia de un napoleon.)

Se suele esclamar con frecuencia:

—¡Si yo tuviera 25.000 duros!

Yo mismo, en esos momentos en que todo sobra, y en que sin embargo, se necesita todo; en esos momentos en que suspiramos por la tranquilidad perdida, y por la ventura que no sabemos encontrar, he levantado mas de una vez los ojos al cielo, repitiendo lleno de fe aquellas tristes y suplicantes palabras.

—¡Si yo tuviera 25.000 duros!

Recuerdo que la última ocasion en que esto sucedió me hallaba en uno de los cafés mas concurridos de la corte, y en medio de un círculo de amigos, en el cual se hablaba de las inmensas dichas de la riqueza, que nunca llegan á conocer los desheredados.

¡Veinte y cinco mil duros! murmuró uno de ellos al oírme, golpeando ligeramente el suelo con el gastado tacón de su bota.

¡Medio millón! repetía otro, buscando en el fondo de su bolsillo dos cuartos para dar á un pobre que los pedía con mucha necesidad.

¡Bah! dijo de repente el mas grave de todos, y que hasta entonces no había despegado sus labios; todo eso no pasa de ser una tontería: deseais el dinero como se desea todo lo desconocido, como deseais tal vez la pobreza, si hubieseis nacido millonarios.

—Pero aun dando eso por supuesto, Enrique: ¿tú admites que hay muchas cosas á que nosotros no podemos aspirar por falta de ese requisito?

—Podrá haber algunas, y si os reis como veo de mi confianza, afirmaré que no las conozco.

—Tú deliras, chico, y es lástima, porque fuera de esta cuestion, eres juicioso y razonable. ¿Pero qué mas? ¿no se empeñó el otro día en sostener que un napoleon, un sencillo napoleon con *n* pequeña, podía en situaciones dadas proporcionar la felicidad?

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! exclamaron en coro todos los oyentes.

—Reid lo que queráis, pero yo me sostengo en lo dicho; un napoleon, ó lo que es igual, cinco francos, puede hacer á un hombre dichoso, rico, y si me apurais hasta título de Castilla.

—Yo lo creo, interrumpió el mas incrédulo; hay bastantes que con menos lo han conseguido; el juego, los manejos de cierta clase...

—Nada de eso; no es cosa que pueda afectar á la conciencia; aquí no hay nada de trampa ni de albur; es cuestion en que nada tienen que ver la policía ni el código penal.

—Explicáte.

—Pues bien, voy á explicarme, yo he comprado la felicidad con un napoleon.

—¿De veras?

—¡Hombre!

—¡Chico!

—Dejadme hablar; cuando he dicho que la he comprado, no lo he dicho todo, quise comprarla...

—¿Pero no se vendía por tan poco?

—Sí; se vendía por menos aun; de valde.

—Cuéntanos eso, Enrique, porque debe ser cosa divertida.

—Corriente; pero jurad antes no interrumpirme hasta el final.

—Lo juramos, dijimos todos á una vez.

—Pues entonces, oid.

I.

Era el último domingo del mes de Setiembre.

Caía una lluvia abundante, y desde la ventana de mi cuarto miraba yo con cierta satisfacción apretar el paso á los transeúntes que cruzaban la calle; buscar los tímidos un asilo en el portal mas inmediato; y lucir mas de una hermosa su blanca enagua, bajo la cual asomaban dos pies que dieran envidia á los de la estatua de Juno.

Acababa de levantarme, y por cierto de mal humor; había satisfecho la tarde antes algunas pequeñas obligaciones, y mi capital se reducía á un napoleon.

No soy de los que tiemblan al aspecto de la miseria; pero acostumbrado á una medianía honrosa, me inquietaba la idea de tener que molestar á mi familia ausente, ni menos contraer ningun compromiso.

Decidime, sin embargo, á arrostrarlo todo, y para hacer mi resolución mas fuerte me propuse gastar mi único napoleon aquella mañana.

(Se continuará.)

MANUEL DEL PALACIO.

REUNION AGRADABLE

en casa de los señores condes de Parcent.

Así como al cruzar las caravanas por la movediza arena del desierto, encuentran despues de una marcha penosa un bello Oasis poblado de palmeras, y á su sombra un descanso á sus fatigas; así el hombre en medio de los sinsabores que le ofrece esta vida trabajada, justo es que encuentre un soláz donde fortalecer su ánimo y recrear su imaginación.

Tal es para la buena sociedad valenciana las amenas reuniones que ofrecen semanalmente á sus amigos los señores condes de Parcent en su deliciosa morada.

De día en día van cobrando nueva animación; cuanto encierra nuestra hermosa ciudad de bello y elegante se reúne en sus espaciosos salones.

Allí las bellezas al par que el sexo feo rinden tributo á Talía en un templo en miniatura, pero de bellísima construcción.

Aquellas aristocráticas actrices están dando á comprender que basta el talento para salvar las dificultades del arte; y los actores que las acompañan en tan difícil empresa, tratan de rivalizar con ellas, ya que no por su gracia, al menos por su perfecto desempeño.

La función que tuvo lugar la noche del sábado de la semana anterior, estuvo brillante. Púsose en escena la pieza en un acto, cuyo título es, *Los primeros amores*, y en ella la señorita de la Cerda nos hizo una muchacha enamorada con tal verdad, que si es cierto lo que vulgarmente se dice, de que el que expresa bien efectivamente es porque siente, desde luego opinamos que Isabelita la Cerda posee un gran corazón.

El Sr. Guíjarro estuvo admirablemente en su papel, y espresó dándole todo el claro oscuro que requiere el sentimiento de la paternidad.

El Sr. Trechuelo nos hizo un verdadero amante apasionado.

Y el joven Enrique Martínez interpretó su papel de joven casquivano con mucho acierto.

Un bofetón y soy dichosa, fue la segunda piececita que se puso á continuación.

La señorita Dolores Moltó estuvo á la altura de siempre; en su papel de casada caprichosa, hizo arrancar nutridos aplausos y nos complació extraordinariamente.

Los Sres. Guíjarro y Trechuelo desempe-

ñaron en esta pieza su parte cada uno, si es posible, con mas brillantéz que en la anterior.

D. Fernando de la Cerda hizo un gallego con tal exactitud, que no parecia se ocultase bajo tan humilde figura un hijo de los condes de Parcent.

El Sr. Español estuvo muy bien en su papel de criado.

Me conviene esta muger, fué la pieza con que terminó la función.

En ella la señorita Isabel la Cerda nos demostró con su papel de modista que su talento se plega con suma facilidad, logrando caracterizar cuanto desempeña.

El Sr. Mena, ventajosamente conocido en esta sociedad, satisfizo las exigencias de todos en su papel de licenciado en farmacia, logrando arrancar entusiastas aplausos.

El Sr. Enrique Martínez en su papel de empleado cesante estuvo inimitable.

La reunión terminó á una hora bastante avanzada, dejando entre los espectadores gratísimos recuerdos, y entre las bellas actrices y noveles actores nuevos estímulos para el porvenir.

La concurrencia fue escogida como de costumbre y en ella vimos entre otras á las señoras de Grau, Cárcel, Barranco, Beatriz de Royo, Zanoní, Jaudenes, y á las elegantes señoritas Carolina, Emilia y Carmen Cárcel, Nebot, Belda, Ortega, Grau y muchas mas cuyos nombres no recordamos en este momento.

Deseamos que trascurren con brevedad estos dias consagrados á la religión, para volver á gozar de tan agradables momentos.

GERÓNIMO FLORES.

ANTE LA CRUZ.

Era una tarde, encapotado el cielo
Por apiñadas nieblas
Que el ámbito en sus sombras oscurecen,
Silencio y soledad reina en el suelo
Y lóbregas tinieblas,
Que por momentos, por instantes crecen.
Ceniciento color pinta el espacio
De todo cuanto abarca la pupila;
Luto y miseria se contempla en torno
Y aterradora calma,
Al par que yerta temblorosa oscila
Lágrima inmensa que evapora el alma.
Todo es silencio y soledad y espanto;
¿Y ese esplendor de luz, flores y aromas
Que iluminaba el mundo?
¿Y ese mar de encantadas armonías
Que brota del profundo?
¿Y el soplo de las brisas aromadas
Que los jazmines y azucenas mecen,
Y brindan el consuelo y la ventura
Y bienandanza y paz á el alma ofrecen?
No existe ya; porque lo cubre el manto
Del eterno dolor que aflige el mundo
En el mar insondable de su llanto.
Tristísimo crepúsculo la tarde
Se advierte que declina,
Mientras el sol en su inmortal hoguera
Su disco encoge y en sus llamas arde,
Y en sus hirvientes rayos se calcina.
Todo es silencio y soledad y espanto;
Muda está la natura;
Y en terribles dolores sumergida
Una muger se ve que el ¡ay! provoca,
Y su negra amargura,
Y de su alma la profunda herida,
Exhala en ayes por su dulce boca.
No hay ave que se agite en la arboleda
Trinando sus amores;
No hay brisa que murmure vagorosa
Entre pálidas flores,
Ni rice el agua suspirando leda.
Ni enamorada flor que abra su cáliz
Ufana y olorosa
En solitario y pintoresco valle
O entre los ramas de la selva umbrosa.
Que de dolor se conmovió el profundo
Al consumarse el cruento sacrificio,
Y el hombre llora y se estremece el mundo.

Cristo murió; sobre la cruz pendiente
Que domina del Gólgota la cumbre,
Su cabeza se inclina tristemente
Al peso de angustiosa pesadumbre.
El fuego de sus ojos apagado
Sin brillo ya se mira;
Y solo de sollozos rodeado
Por redimir al hombre del pecado
El Mártir Rey por el mortal espira.
Y consumóse tan cruel delito,
Y el miserable pueblo en su locura,
Vil, infame y precito,
De su Dios blasfemó con lengua impura.

Tarde el mortal al conocer su yerro
Perdió la dulce venturosa calma,
Y lágrimas de fuego destilando
Que escaldan su mejilla,
En su agudo dolor desgarró el alma,
Y en su agudo dolor muere gozando.
Allí se ven los míseros mortales
Ante la cruz de hinojos,
Llorando sus desdichas y sus males
Con lágrimas ardientes de sus ojos.
Y allí al pie de la cruz, donde María
Exhala el ay de su llorar doliente,
Quiero depositar el alma mía,
Quiero humillar mi enaltecida frente.
Que anhelo una mirada compasiva
Que ahuyente mi penoso desconsuelo;
Y á fuerza de llorar arrepentido,
Vivo esperando abandonar el mundo
Para morar en la region del cielo.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

LO QUE DIHUEEN LES HORONETES.

I.

—Mal has vengut, horoneta,
De l'ardent costa de l'Africa,
Qu'es ma vida un plòr de penes
Y está mustia la mehua ánima.
Dos primaveres han fet
Qu'et refugies en ma casa:
Sempre mensagera fores
Dels mals, auselleta plácida.
Dos anys fá que yo no sé
Del qu'idolatre sin calma,
Y cuant apareixes hui
M'encontres desconsolada,
Perqu'he perdut á ma mare
Qu'era la mehua esperansa.
¡Ay! ¡horoneta, y quin dany
Sinse tú sabero encara
Cada vòlta que yo et mire
Em causes molt despiadada!
¿Qui sap si cuant tú retornes
El any que vé tan ufana
Sols descubrixques la creu
De ma fòsa solitaria...!
¿Qui sap...! ¡Desdichat de mi!
Si el Señor em desampara.—

II.

Axí llamenta una chove
A la finestra asomada,
Exhalant molt trists gemes
Y plorant á viva llágrima,
Cuant divisá una horoneta
Que fea el niu en sa casa,
Y sospira amargament
Ab ánima traspasada:
Son tals les sehues congoixes
Que, sin voler, dona llástima.
Deu pareix que ya l'olvida
Deixántsela abandonada,
Y el desalient la oprimix,
Y el infortuni la mata.
¿Qué será d'els seus amors?...
¿Qué de sa dolsura cándida?...
Yá no n'haurá un raig de glória
Pera 'l cór qu' aixi idolatra,
Ni en los brazos de sa mare
Calmará tanta desgrasia....
¡Imposible! Pera sempre
S'ha mòrt la sehua esperansa.
¿Per qué, diu, Señor del cèl
De tos fills affiches l'ánima?
¿Per qué t'ocultes, Deu meu,
Y ta bondat no'ls ampara?...
Y ta bondat no'ls ampara...
Y ta bondat no'ls ampara...

III.

Dotse mesos han pasat,
Ya gran festa en la comarca:
Sónen mil cants d'alegría
Sóna el tabal y donsaina;
Per totes les parts ya flòrs,
Per totes les parts ya gala.
Ix de l'antiga capella
Multitud alborosada
Y lluix en ella cual sòl
D'hermosura molt gallarda
Una jove cariñosa
Junt al espós qu' idolatra.
¡Mare de Deu! ¡quina festa!
¡Mare de Deu! ¡qu' algasara
Seguix á les felises bodes
De la novia en la morada!
Mes, ¡ay! la chica entretant
A la finestra asomada
En la fusta mira impreses
Les señals de cuant ploraba.....
De repent una horoneta
Per l'atmósfera divaga,
Crida la nina de gòig,
Vòl parlar y sen desmaya,
Mentres aquell auselleta
Per lo cèl volant cantaba:
Deu dolsifica les penes
Y enchamay mos desampara.

FEDERICO DE MENDOZA.

Valencia Febrer 1865.

MILTON.

El día 9 de Diciembre del año 1608, ocho años antes de la muerte de Shakespeare nacia en Lóndres un gran poeta, insigne polígloto y ardiente controversista.

Juan Milton era vástago de una desgraciada familia, sobre la cual recaía una maldición. Había sido aquella despojada de sus bienes durante las desastrosas guerras civiles entre las casas de York y de Lancaster, que ensangrentaron el suelo de la Inglaterra. El abuelo de Milton era católico, mas el padre protestante; aquel desheredó á éste; la maldición del abuelo vino á posarse sobre la cabeza del nieto.

Este, en sus primeros años, ya escribió algunas poesías en inglés y en latín, en las cuales se vislumbra, aunque débilmente, aquel fuego y entusiasmo que mas adelante habian de darle tanta gloria. Bajo la dirección de Alejandro Gill estudió en la escuela de San Pablo en Lóndres. Su aplicación fue tal, que su vista fatigada comenzó á debilitarse, acabando Milton por quedar despues ciego. De la dirección de Alejandro Gill pasó á la del sábio Guillermo Khapel del colegio de Cristo en Cambridge. En 1628 se recibió de bachiller, y en 1632 salió del colegio por espíritu de independencia, negándose á seguir la carrera eclesiástica. Fue, pues, á vivir con su padre, que residía en Horton, cerca de Colebrooke en Buckingham-Shire. Pasó allí cinco años ocupado en la lectura de los autores griegos y latinos, hasta que en 1638 pudo obtener el permiso de su padre para viajar.

En París fue presentado á Grotius por el vizconde Scudamore, embajador de Carlos I. En Florencia conoció á Galileo, en Roma á Holstein, bibliotecario del Vaticano; dedicando unos versos á la célebre Eleonora, á la que oyó cantar. Mauro, marqués de Villa, en Nápoles, tuvo el doble honor de ser amigo del Tasso y huésped de Milton, á quien dedicó un distico que empieza así:

Ut mens, forma, decor, facies, mos, si pietas sic
Non Anglus, verum Hercle, angelus ipse fores...

Milton correspondió á su fineza dedicándole una égloga que empieza:

Diis dilecte senex, te Jupiter aequus oportet
Nascentem, et mitti lustrarit, lumine Phoebus etc.

Deseaba Milton viajar aun por Sicilia y Grecia, mas habiendo sabido que se había

operado un cambio político en Inglaterra, resolvió regresar á su patria.

En 1640 empieza su vida política. Cuando la convocación del gran Parlamento sostuvo la causa de la libertad contra la Iglesia establecida. Poco tiempo despues casó con María Powel, la cual le abandonó muy luego. De tal modo se resintió de esto que publicó varios escritos en favor del divorcio, é iba á casarse de nuevo con una hija del doctor Dawis cuando su esposa arrepentida volvió, le enterneció con sus súplicas, y no pudo menos Milton que abrirle sus brazos. De su primera muger hubo tres hijas.

Entonces sucedieron aquellos acontecimientos desastrosos que comenzaron con un regicidio. Carlos I fue decapitado. Este hecho llenó de asombro á la Europa. Los enemigos de aquel rey, creyendo legítimo su atentado eligieron á Milton para justificarlo.

Exaltado este último por las ideas que entonces dominaban, compuso su libro sobre el derecho de los reyes y de los magistrados. Su obra caía terriblemente sobre la cabeza de los reyes, llegando su entusiasmo y su ardor hasta decir que era lícito á los pueblos juzgar, deponer y hasta condenar á muerte á sus soberanos. El éxito de esta obra fue inmenso, terriblemente funesto. Con tales resultados creció su ardor: se extendieron y aumentaron sus ataques á los tronos hasta el extremo de que Oliverio Cromwell, el mismo Cromwell, el jefe de la revolución, le rogase que retirara muchos de sus sediciosos escritos, encargándole la moderación. Milton, descuidando esta advertencia, amontonó obras sobre obras; sus partidarios no pudieron, menos de agradecer á aquel ardiente escritor que llegara á sacrificarse por su causa hasta el punto de perder la vista; Milton fue nombrado secretario del Parlamento, de Oliverio y de Ricardo Cromwell.

Un famoso crítico y jurisconsulto, Saumaire, tomó la defensa del rey decapitado en su libro titulado *Defensio regia*. Entonces se encendió en Milton todo el ardor de sus ideas políticas, toda la energía de su sátira llevada hasta la exageración, replicando á aquella obra en la suya titulada *Defensio pro populo anglicano*. Basta para formar una idea sobre esta obra difamatoria y emponzoñada decir que fue mandada quemar en París por mano del verdugo. Republicano incansable no dejó la pluma hasta que sus partidarios dejaron las armas.

Poco tiempo despues, el 27 de Agosto de 1660, fueron tambien quemados por mano del verdugo en Lóndres sus libros *Defensa del pueblo inglés y Respuesta al retrato del Rey de la Gran Bretaña*.

Enemigo terrible de los tronos, lo fue de todas las sectas. Fue ya puritano, ya independiente, ya anabaptista; y por fin, en sus últimos años, dejó de pertenecer á ellas declarándose enemigo de toda clase de comuniones y sociedades religiosas, cuyas prácticas desatendía. No obstante, en su libro *De la verdadera religion*, se abstuvo de impugnar en lo mas mínimo á los católicos romanos.

Cuéntase que casó con tres mugeres y que cuando le preguntaban por qué había servido á Cromwell respondía: nos ha libertado de los reyes; asegurando que su causa era la de Dios y la de la patria.

Para acabar la relación de su vida política, al mismo tiempo que para completar el conocimiento de sus ideas, referiremos una anécdota que acerca de él se refiere:

«Paseándose un día por el parque de San James oyó, de repente, que algunas voces decían á su alrededor: ¡El Rey! ¡el Rey! Retirémonos, exclamó Milton al oír estas palabras, nunca he querido á los Reyes. Entonces Carlos II se dirigió al ciego y le dijo: Caballero, veis como el cielo os ha castigado por haber conspirado contra mi padre.—Señor,

respondió Milton, si los males que nos afligen en este mundo son el castigo de nuestras faltas, vuestro padre debió ser muy culpable.

Tal fue Milton como político.

Es notable como poligloto; enseñaba las lenguas antiguas en Fleet-Street, hablaba todas las lenguas vivas de Europa, escribía tan bien en latín como en inglés, en griego como en italiano, en particular este último, lo poseía de tal modo, que estuvo á punto de publicar una gramática; sabía además el sirio, el caldeo y el hebreo.

Antonio Francini le dedicó por tal motivo los siguientes hermosos versos:

Nell' altera Babelle
Per te il parlar confuse giove in vano

Ch' ode oltr' alla Anglia il tuo più degno idioma
Spagna, Francia, Toscana, é Grecia, é Roma.

Como poeta semejó á Homero en la inspiración y en la ceguera; no cantó como el Tasso una expedición heroica, no celebró como Ariosto aquellos hechos caballerescos y semi-fantásticos; no se adormió como el Petrarca arrullado por el murmullo de ninguna fuente, pero bajó como el Dante á retratar el infierno; no tenía una amante como Laura ó Beatriz, ni abandonó á su muger como Shakespeare, sino que su muger le abandonó á él. Eligió para su poema un asunto mas grandioso y sublime que los que aquellos poetas eligieran; levantóse inspirado para ir á buscar á Dios en medio de sus grandezas y á Satán en medio de sus horrores, y mostróse grande para cantar la tragedia del Paraíso.

«El origen de este pensamiento, segun Voltaire, se encuentra consignado en una comedia representada en Milan titulada *Adán ó el pecado original*, escrita por un tal Andreini. El argumento era la caída del primer hombre. Los autores eran Dios padre, los diablos, los ángeles, Adán, Eva, la serpiente, la muerte y los siete pecados mortales. Milton descubrió, al través de lo absurdo de aquella obra, la oculta sublimidad del objeto.»

Primeramente quiso escribir una tragedia, pero sus ideas se iban aumentando y ensanchando; imaginó, en lugar de aquella, un poema épico, y este poema épico, sublime parto del entendimiento humano, se llama *Lost Paradise*. Empleó nueve años en escribir esta obra sublime, siendo al principio muy poco apreciada. Samuel Symons, librero, pudo darle mil doscientos reales... ¡Mil doscientos reales una obra que ha sido la admiración de todas las generaciones, una obra maestra, el Paraíso Perdido, que valiera mas de cien mil pesos á los herederos de Samuel...!

Addison fue el primero que descubrió las bellezas que encerraba aquella magnífica producción, y por medio de algunos artículos pudo lograr que el mundo ilustrado fijara su vista en ella.

El Paraíso Perdido, es, segun uno de sus biógrafos, un bello horror, un conjunto mágico y singular. Sus ideas nuevas, atrevidas y espantosas, sus imágenes grandes y sublimes. Por ella el nombre de Milton es pronunciado con respeto por todo el mundo ilustrado, se le ha llamado Prince of the English Poets, the First of the writers of England, con preferencia á Shakespeare y á Pope, á Spencer y á Dryden, á Walter Scott y á Byron.

El Paraíso Perdido está en el original escrito en versos ingleses sin rima. Hé aquí lo que dice Beutley, citado por Chateaubriand, en

el prólogo de su traducción francesa acerca de su composición:

Como Milton estaba ciego, los editores introdujeron en *El Paraíso Perdido* algunas añadiduras desconocidas al autor; quizás esto sea aventurar demasiado (y sigue Mr. de Chateaubriand) pero de lo que no cabe duda es que la ceguera del cantor del Eden ha podido perjudicar la corrección de su obra. El poeta componía de noche; cuando había hecho algunos versos llamaba, entraban su muger ó una de



MILTON.

(Grabado con un cortaplumas.)

sus hijas, á quienes dictaba; aquellas primeras palabras con que vaciaba el pensamiento que sin duda, había de olvidar despues, quedarían á poca diferencia del mismo modo, sin ser limadas. El poema fue compuesto de aquel modo hasta su fin; el autor no pudo ver el conjunto, ni el manuscrito, ni aun las pruebas. Sabido es que en los escritos hay descuidos, repeticiones de palabras y cacofonías que no se ven, que no se notan por decirlo así, sino con la vista, al recorrer las pruebas. Aislado Milton, sin asistencia, sin auxilios, casi sin amigos, se vería obligado á hacer todos los cambios en su mente y de volver á leer su poema de un cabo á otro en su memoria. ¡Qué prodigioso esfuerzo para poder acordarse! ¡Y cuántas faltas debieron escapársele!

Un escocés, Lander, quiso demostrar, en una obra que publicó, que Milton sacó la parte interesante de su poema de *Sarcotis ó Sarcothea* de Jacobo Masenius. Pero esta acusación ha sido refutada con éxito por varios escritores.

Milton escribió en 1671 una tragedia titulada *Samson Agonista* y poco tiempo despues un segundo poema en verso inglés sin rima titulado *El Paraíso Reconquistado*. El autor, sin duda, apreció mas esta última obra que la primera, pero la posteridad apreció mas aquella que esta. En efecto ¿se encontrarán acaso en *El Paraíso Reconquistado* las sorprendentes ideas é imágenes, el fuego sublime, la fuerza de imaginación que tanto sorprende en *El Paraíso Perdido*?... No.

El 10 de Noviembre de 1674, la Inglaterra perdió á uno de sus mas célebres hijos, Milton se reunió acaso en aquel día con aquellos ángeles en medio de los cuales había

vivido y que conocía; acaso se reunió con la Divinidad, que tanto ensalzara en el Eden celestial!...

La paz y la tranquilidad rodearon al poeta en el momento de su muerte; el grande hombre dejó de existir á la edad de 66 años, siendo enterrado en el coro de la iglesia de San Gilles. La piedra que guardaba su sepulcro contenía una inscripción que no se podía leer... Mucho tiempo despues el nombre del autor del *Paraíso Perdido* había sido borrado.

La familia del grande hombre se perdió, ignorándose la existencia de sus descendientes...

Además de sus obras de controversia política escribió *La Máscara de Como*, *El Allegro*, *Il Penseroso*, *Licidas*, *Samson Agonista*, y varios tratados latinos...

Numerosas han sido las ediciones que de sus obras completas se han publicado, en particular en Inglaterra. La primera se remonta al año 1699 en Londres y en tres volúmenes en folio. Toland, uno de sus contemporáneos y amigos, escribió para esta edición la biografía del autor.

En cuanto á traducciones al castellano del *Paraíso Perdido*, además de las de D. B. Ramon de Hermida y de D. G. de Escoiquiz, la mas apreciable á nuestro entender es la de D. Santiago Angel Saura Mascaró, impresa en Barcelona por E. Pujol (1849) en dos tomos en 8.º

Restáanos aun referir algunas de las particularidades del gran poeta. Cuando jóven y aun avanzado en años, su belleza era tal que se le llamaba *The Lady of Christ's college*... Su imaginación gozaba de su mayor vivacidad desde el mes de Setiembre hasta el equinoccio de la primavera. Componía de noche en su cama dictando á su muger ó á sus hijas y era aficionadísimo á la armonía y á las flores.

El viagero que pasaba por una senda inmediata á Bunhill-Row notaba, sentado á la puerta de una casa y tomando el sol, á un anciano vestido con una chupa negra. Sus cabellos plateados iban á caer sobre su espalda. Aquel venerable anciano estaba ciego...

Era Milton...

Adjunto publicamos el retrato del gran poeta, grabado á cortaplumas por G. Roig.

J. FERNANDEZ MATEU.

Por todo lo no firmado:

LUIS FABRA Y CAVERO.

ADVERTENCIA.

Con fecha 8 del presente hemos hecho el giro de costumbre á cargo de nuestros suscritores y corresponsales de la Península y Ultramar.

Esperamos que serán satisfechas las letras con la exactitud de costumbre.

Los señores suscritores residentes en Masamagrell, Villalebrin, Cuevas del Valle, Villanueva de Alcardete, Talavera de la Reina y Tarifa, para cuyos puntos no hay facilidad de giro, se servirán renovar la suscripción, para evitar de este modo retraso en el recibo de los números.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.

VALENCIA MONUMENTAL Y PINTORESCA.

A pesar de los cuantiosos sacrificios que lleva anexos esta sección interesante, no hemos vacilado en dar á la estampa cuantos monumentos y paisajes notables embellecen á nuestra capital. La favorable acogida que ha merecido este pensamiento desde que lo anunciamos por vez primera, nos lisonjea sobremanera y no escasearemos medio alguno para responder dignamente á nuestros suscritores.